

SENTIDO, RESISTENCIA, MIEDO, FASCINACIÓN. EL CAMBIO COMO POSIBILIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA

Nurya Martínez-Gayol Fernández aci

Sumario: En este trabajo nos aproximamos a la realidad del cambio en un contexto concreto: la vida consagrada. Exploramos a través de los conceptos – sentido, resistencia, miedo y fascinación – las reacciones que la idea de afrontar un cambio genera a nivel personal y a nivel Institucional en los consagrados. El momento actual contemplado como “tiempo bisagra” y las características peculiares de nuestro modo de vida, nos permiten concluir que sin clarificar el “sentido” de dicho cambio, sin descubrir en la misión el principio motor que lo debiera dirigir, será difícil superar nuestras “resistencias”, sobrepasar nuestros “miedos”, modular la “fascinación” y descubrir sus verdaderas “posibilidades”. Todo ello está pidiendo una actitud de búsqueda que exigirá mucha fe y mucha esperanza, para permanecer en la brecha aun cuando no se encuentre, aun cuando no emerjan soluciones mágicas... persistiendo en el no saber y no poder, desde una actitud desposeída hacia sí y apasionada de amor por “los otros”; dispuesta a entregar la vida y, por ello, al cambio.

Palabras clave: tiempo bisagra; novedad; posibilidades; fe, esperanza y amor; santidad.

Summary: This article approaches the reality of change within a concrete context: Religious Life. Through the following concepts of meaning, resistance, fear and fascination, we explore the reactions generated at the personal and the institutional levels of consecrated men and women by the idea of confronting change. Along with the particular characteristics of our way of living, contemplating our current reality as a historical moment that functions as a “hinge” permits us to conclude the following: If we do not clarify the “meaning” of the change, or discover in the mission the primary motor which directs the change, it will be difficult to overthrow our “resistances”, to overcome our “fears”, to mold the “fascination” and to discover its true “possibilities”. All of this is asking for an attitude of one who searches, and this requires great faith and great hope so as to remain in the breach even when the fog remains, even when magical solutions do not emerge... persisting in the unknown, in the powerlessness, from an attitude in which one lets go of oneself and becomes passionate about “the rest”... willing to hand over one’s life... and in as such, to hand over one’s life to the change.

Key words: “hinge” period; newness; possibilities; faith, hope and love; holiness.

Fecha de recepción: 20 febrero de 2015

Fecha de aceptación y versión final: 1 marzo de 2015

1. Contextualizando

¿Por qué queremos cambiar... o por qué no queremos? ¿Por qué pronunciamos una y otra vez esta palabra cual si fuera un conjuro mágico capaz de sacarnos de los más diversos problemas en cualesquiera que sea el tipo de contexto?

Soy hija del Vaticano II. Llevo más de 25 años de VR en los que, continuamente, he escuchado el discurso sobre *cuánto hemos cambiado*. Un discurso bastante carente de contenido real y experiencial, por mucho que se nos cuente, para quien no ha vivido en “esos tiempos”. Y sin embargo, la convulsión del cambio, sus efectos, las dificultades para asumirlo... han estado tan vivos en las conciencias de sus protagonistas que cualquier otro movimiento hacia adelante se ha vivido como una imprudencia, además de inútil, temeraria.

La situación hoy es diversa. Los beneficios de aquel ansiado cambio no se hicieron sentir a la medida de las expectativas, y sí las salidas multitudinarias y la reducción de vocaciones. La identidad de los consagrados, hasta entonces no puesta en duda, comenzó a convertirse en un continuo interrogante. Y el discurso del cambio volvió a nuestros labios, ahora como aspiración, como camino para dar respuesta a preguntas no resueltas y a situaciones difíciles de manejar, que todos tenemos en la mente.

Tampoco nuestra sociedad es la misma. El cambio constituye una dimensión constante del vivir, a nivel social y civil, sobre todo en el ámbito profesional. Es la característica típica de “*una sociedad líquida*” (Zygmunt Bauman), donde la movilidad ha sustituido a la estabilidad, y donde es cada vez más difícil delimitar los perfiles de cualquier realidad, tanto individual como colectiva.

Uno diría que la VR desea cambiar. Lleva años formulando la necesidad de este cambio y las vías por donde sería bueno que discurriera: *refundación, renovación, reestructuración, planificación...* Pero la realidad es que no se determina a hacerlo. No nos determinamos a hacerlo. O si abordamos el cambio, es el de la gestión “innovadora y responsable”¹ de nuestros recursos y obras tratando de hallar un equilibrio armónico entre la necesidad de administrar el hoy (las urgencias), pero también el mañana (las perspectivas, el futuro), tratando de no hacerlo al margen de los fines y valores de cada institución y abordándolo casi “*in extremis*”, es decir, cuando es la vida la que se impone y ya no nos queda más remedio. Pero en realidad, el cambio de fondo, más profundo y más radical, no termina de llegar.

1.1. Desde mi experiencia

Algunos días amanezco con la sensación de llevar toda mi VR empujando para que las cosas cambien: que cambie el mundo, la sociedad, la política, el modo de evan-

¹ P. PINA DEL CORE, FMA, “Vida religiosa y cambio: La reorganización de los institutos” (en línea) Vr 22, marzo 2011, <http://www.vidareligiosa.es/> (Consulta del 2/02/2015).

gelización, nuestro lenguaje; que cambie la Iglesia, mi institución., mi comunidad. Y en esta lucha lo que percibo es que tantas veces me he olvidado de emplear la energía en el mejor lugar: en el cambiar yo, o mejor, en el dejarme cambiar.

Otros días, lo que siento es que ya estoy cansada. Me da un ataque de realismo triston, miro de reojo el DNI, y pienso: ¡que empujen otras! «Esto es lo que hay» así que vamos a intentar vivirlo con la mejor cara posible, sin pretensiones ilusorias y sin generar expectativas que, al no cumplirse, me dejan mal. Y renuncio de este modo a uno de los descubrimientos que más vida me han aportado en estos años: la invitación a «concentrarse en lo posible mientras se sigue soñando en lo imposible».

Esto sí, esto exige cambios sustanciales en el modo de vida, en el gasto de energías, en las prioridades..., y reclama de nuestra VC esa *disponibilidad esencial que llamamos fe*, para ser capaces de descubrir la presencia del Dios infinito en medio de lo finito, y para derramarnos ahí, *entregando la vida con amor*. No sin tener puesta la mirada siempre “más allá”, *sostenidos por la esperanza y movilizados* por ella.

¿Cambiar? ¿Por qué y hacia dónde? ¿Qué o quién y cómo? Cambiar se nos antoja en ocasiones un deseo radical, otras adquiere formas fantasmagóricas que se concretan en miedos y temores paralizantes. El cambio es a veces una propuesta, otras una aventura, un temblor, un abismo, un horizonte... Por esta razón provoca en nosotros sentimientos paradójicos que van desde la ansiedad y la expectación hasta el pánico o el agarrotamiento, y genera actitudes tan variadas: desde la alegre esperanza hasta la resistencia más blindada, desde una creatividad imbatible a la huida, al encierro en lo pasado conocido.

La realidad es así, polar. Ni todo es blanco ni todo es negro. Todo lo que vivimos, como seres finitos que somos existiendo en una economía de pecado, tiene su dosis de ambigüedad. Toda realidad tiene su reverso. Una cosa y/o la otra dependerán de lo que esté en juego, de lo que me implique, de mi edad, de mi momento vital, de mi inseguridad/seguridad, de los apoyos con lo que cuente, de si lo que deseo es agarrarme o huir, de nuestra capacidad de dejarnos guiar por el Espíritu desde la “indiferencia” y el “discernimiento”. Palabras sagradas pero que de puro manosearlas han sido sustraídas de su mordiente y de su inesquivable radicalidad.

2. El reto y las dificultades de «un tiempo bisagra»

Este *desafío a dejar que sea el Espíritu quien nos guíe* incide de una forma particular en la VC. La cuestión nos compete muy propiamente y al mismo tiempo nos afecta con intensidad tanto a nivel individual, como comunitario e institucional.

La situación de desilusión y desesperanza que tiñe nuestro mundo, también nos golpea y nos toca. Estamos en el mundo, y nuestra razón de ser es *para el mundo*, por lo tanto lo que acontece en él nos compete de lleno. Además, estamos en el mundo

como “*parte constitutiva de la Iglesia*”, y por ello también nos sentimos concernidos por la crisis eclesial que atraviesa occidente, y más concretamente España.

Por último, enfrentamos estas dificultades en un momento de fuertes conmociones internas: crisis de identidad, la sensación de haber perdido el sentido profético y carismático que nos ha identificado en la Iglesia, la incapacidad de propuestas creativas que sean verdaderamente fecundas para el mundo. Dificultades también para acertar en los procesos de formación e integración de los pocos jóvenes que llegan a nuestras comunidades –dada la diferencia de edad y de mentalidad–, de sostener a las nuevas vocaciones, y de encontrar un esquema de vida comunitaria que potencie nuestra misión, en vez de absorber las pocas fuerzas que tenemos. Además, no resulta nada fácil encontrar personas para la animación comunitaria y sentimos la urgencia de clarificar la misión de los superiores. Si nos percibimos necesitados de cambio, aun mayor es la sensación de que nos falta un tipo de liderazgo que lo haga posible. Tampoco se sabe bien cómo enfocar el tema de la visibilidad; y nos apremia la necesidad de encontrar mediaciones adecuadas que tercien nuestro desfase con el mundo, de atinar en el modo de articular nuestras tareas con el trabajo diocesano, de establecer relaciones más fluidas con la Iglesia jerárquica, y un largo etc².

Quizás estas dificultades no son percibidas del mismo modo por todos: pesan más sobre quienes han de tomar decisiones o portan una carga de trabajo bajo la que comienzan a sentirse aplastados, y menos en quienes están comenzando la aventura de la vida religiosa, y han hecho una opción de vida por lo que hay, sin mirar a lo que había antes, que les resulta ajeno.

Pero si nos adentramos un poco más, si vamos al corazón de la VR descubrimos que este proceso de adecuación al momento presente nos hace luchar contra una fácil tendencia hacia la *falta de esperanza*, que en el mejor de los casos va dejando en el camino mucho *superviviente* (van viviendo), algunos *desazonados* (amargados, malhumorados o resignados) y un resto de *testigos* (de los que viven gozando)³. Posiblemente esta sea la herida profunda que va generando la desesperanza y que habremos de cuidar y curar si este tiempo ha de ser, como lo es también para nuestra sociedad, *un tiempo bisagra para la VR*. Una etapa en la que ya no está lo anterior, pero aún no sabemos qué ha de ser lo nuevo; porque la situación ha cambiado, pero no nos hemos desecho todavía de muchas formas y figuras que pertenecían a aquella etapa y que resultan anacrónicas en esta.

Todo apunta hacia *una vida consagrada diferente*, sensiblemente distinta de aquella en la cual se ha formado y crecido la mayoría, aunque no termine de llegar. Pero la tendencia habitual de nuestras instituciones es que la bisagra gire con facilidad

² Véase J. GARMILLA, *Vivir en invierno*, PPC, Madrid 2009, 42.

³ L. A. GONZALO DIEZ, “¿Se han gastado las estructuras o las personas? Los cinco ejes de la reforma de la Vida Religiosa” (en línea), http://www.confer.es/666/activos/texto/wcnfr_pdf_3325-mgeLY2k7846avgj0.pdf (Consulta del 12/10 2014).

hacia atrás y no tanto hacia adelante. Andamos cansados y agitados, entre el servicio y la preocupación por mantener «nuestro modo de proceder» cual si allí estuviera nuestra esperanza, y gastamos en esto nuestras energías, olvidando «elegir –con María– la mejor parte», esa que no se nos quitará: la escucha del Señor, de su Espíritu que todo lo renueva, de su Palabra, siempre creadora.

Los sabemos, lo decimos, lo predicamos hasta la saciedad... pero algo pasa que la palabra anunciada y la vivida parecen no corresponderse.

Ahora bien, no pensemos que nuestro hoy es tan especialmente nefasto. Si uno dirige la atención a los orígenes del monacato nos encontramos, por ejemplo, con un san Benito que se abre camino en un tiempo de no menos crisis. También él se enfrenta a un ocaso de valores, de *caída de referencias, creencias, certezas y estructuras* que habían dado antes confianza y firmeza al caminar. El cambio epocal nos ocasiona confusión e incertidumbre. Es natural una primera reacción de turbamiento en cuanto “nos enfrentamos con transformaciones que interrogan nuestra identidad y nuestra fe hasta las raíces”⁴. Nada está claro. Algo se derrumba y algo intenta salir a la luz. Tal vez por esta razón nuestro tiempo es simultáneamente dramático y fascinante, y exige de nosotros algo más que una respuesta mediocre: *una respuesta dramática* y suficientemente *radical* para ser también *fascinadora*. Solo así será capaz de abrir caminos de futuro.

Nos ha tocado un tiempo bisagra y hemos deamarlo, conocerlo, implicarnos en él, y ahí, fructificar, anunciando y dando razón de nuestra esperanza. Y eso significa aceptar que no nos corresponde vivir el momento estelar de despliegue de una nueva cultura, ni de una nueva sociedad, y tampoco de una nueva VR. No vamos a estar en la cresta de la ola, pero estamos en aquel espacio que puede hacerla posible o que puede abortarla. Tenemos el humilde, pero necesario, trabajo de *preparar el futuro para otros*. La aceptación de nuestro tiempo, no implica negligencia sino *entrega*. Entrega desmedida, entrega oculta, entrega martirial... para que «otros» tengan vida, y la tengan en abundancia (Jn 10,10).

Nuestro momento es *el de la esperanza*, “la pequeña esperanza”, siempre de la mano de sus hermanas mayores *la fe y la caridad* –como decía bellamente Péguy–. Y es que de eso se trata, de arraigarnos en la fe, pero también de dejar que esta fe nos dinamice y que el amor nos haga creativos. Aceptar no significa parar. Acoger no es detener. Habrá que despedir muchas formas que pertenecen al pasado y que ya no son elocuentes, ni en nuestro anuncio, ni en nuestro testimonio. Habrá que preguntarse una y mil veces sobre el cómo, sin conceder ni un milímetro de terreno a la duda sobre el por qué o el para qué. De esto se encargan *la fe y el amor*. Escondidamente, sin glorias, pero abriendo un espacio en el que dejar brotar y cuidar con fe y amor, a la pequeña esperanza.

⁴ *La Nueva Evangelización para la Trasmisión de la Fe Cristiana*. Lineamenta para la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. N° 7.

Quizás nos convendría una cierta dosis de post-modernidad, que nos haga capaces de olvidar un poco el pasado y no obsesionarnos en exceso con un futuro que desconocemos y que no podremos controlar, y *arrojarnos en radical entrega al presente al que nos debemos*, pues es ahí donde hemos sido llamados a desvivirnos. El pasado y el futuro se dilucidan en el presente. Éste es esa realidad que los recapitula y les confiere sentido y valor.

Una vez contextualizada la cuestión, quisiera adentrarme en cuatro términos que a mi modo de ver definen bien ese complejo de ideas, actitudes y afectos que se movilizan en nosotros a la voz de cambio: *sentido, resistencia, miedo, fascinación*.

3. “Sentido” del cambio. La novedad que brota de lo antiguo

No es posible hablar de la renovación de la VR prescindiendo del pasado, pero tampoco del presente y de lo que de ese pasado (más remoto o más próximo) ha ido haciéndose carne en nosotros. “El carisma recibido necesariamente ha de renovarse porque está llamado a encarnarse en cada época y lugar. Se cambia por fidelidad, para ser fieles a lo esencial, buscando cómo anunciar a Jesucristo desde el carisma fundacional”⁵. Es decir, no cambiamos por cambiar, no buscamos cambiar simplemente por adaptarnos a los tiempos, lo que sería una trampa mortal y algo muy distinto –por cierto– a encarnarnos en nuestro tiempo.

Cambiamos *por fidelidad*. La vuelta a las fuentes, a nuestras raíces, a nuestro carisma fundacional, no puede ser signo de mera “nostalgia por lo pasado”, de la tentación de volver atrás porque parecía que nos iba mejor, porque teníamos vocaciones, reconocimiento social y éramos más. No. Se mira hacia atrás para poder lanzarse hacia delante con la sabiduría de nuestro pasado, de nuestra historia. Y se mira hacia delante porque es hacia el futuro hacia donde nos guía el Espíritu, no sólo como una salida de urgencia a una situación de supervivencia, sino como una llamada. Se mira hacia adelante como un rasgo constitutivo de nuestros carismas, de nuestro sentirnos enviados a que nuestro mundo y la entera creación sean un reflejo de la gloria divina. Y entre *el pasado y el futuro*, entre la mirada hacia “atrás” y la mirada hacia “delante”, el tiempo presente se nos regala como *tiempo de cambio*, de transformación, de renovación, de conversión.

Tillich, un importante teólogo protestante, llama la atención acerca de una nota paradójica que afecta fuertemente al cristianismo: *el hecho de la aparición de lo nuevo bajo las condiciones de lo que existe*. Una paradoja que se nos mostró en Jesús, al revelárenos como el Cristo, sin dejar de ser Jesús. “El cristiano vive gracias a la fe con la cual cree que en su interior habita lo nuevo que no es otra cosa nueva, sino el principio y la representación de todo lo que es realmente nuevo en el hombre y en la historia”⁶. Lo extraordinario no es que aparezca lo nuevo, que lo nuevo irrumpa, invada, surja y

⁵ RITA BURLEY, *Congregación General XVIII*, ed. ACI, Roma 2007.

⁶ P. TILlich, *Se conmueven los cimientos de la tierra*, Nopal, Buenos Aires 1968, 291-292.

conquiste como nuevo. Lo asombroso, es que lo hace “bajo las condiciones de lo que ya existe”⁷. Y más asombroso todavía es que a pesar de adoptar el lenguaje y las formas de lo existente, no pierde nada de su novedad. En definitiva: *lo nuevo se puede decir a través de lo antiguo*. Y lo más maravilloso es que lo antiguo puede ser medio para expresar lo nuevo, más aún, está llamado a ser medio para expresar lo nuevo. Aquí reside el perenne problema de los carismas en la Iglesia, y de forma particular el de la VR: *¿Cómo decir lo de siempre, no como siempre sino como siempre nuevo?* Frente al demoleedor “no hay nada nuevo bajo el sol”, el creyente *cree en la novedad de cada día*, de cada instante, pues todo está habitado y posibilitado desde dentro como nuevo, por la acción de la gracia, por la presencia del Espíritu en aquel que se abra a acogerlo⁸. Este es el sentido último y el fundamento del cambio.

4. Resistencia al cambio

Sin embargo, lo que experimentamos más habitualmente es la *resistencia al cambio*. Esto es algo normal desde el momento en que nos proponemos alcanzar un objetivo o meta. El primer paso es siempre el deseo, es decir, la decisión y determinación de querer cambiar. Pero lo cierto es que una transformación profunda no se puede llevar a cabo sin una agitación interna, sin la movilización de las resistencias y defensas de la persona⁹. Toda una serie de fuerzas opuestas se activarán en nosotros, pues “*no hay cambio sin resistencia*”. El organismo humano tiene una cierta tendencia a la repetición, a lo antiguo, a lo primero, y cuando entrevé la necesidad de abandonarlo experimenta una ansiedad que a su vez desemboca en movimientos afectivos de consolación y desolación que habrá que saber discernir cuidadosamente, pues pueden estar provocados directamente por la resistencia, a través de mecanismos defensivos que intentan evitar el cambio; y también pueden revestirse de signos de cambio “*sub angelo lucis*” –que diría Ignacio de Loyola (EE [335]). En muchos casos nuestra resistencia al cambio posee un carácter silencioso e invisible, es decir la persona no sabe o no quiere saber lo que sucede¹⁰, por esta razón una de sus consecuencias es el *autoengaño*. Los mecanismos de defensa se encargan de falsificar nuestra percepción interna generando en nosotros una imagen desfigurada de la situación y de nuestro propio interior.

Por otra parte, el primer cambio es el que nos incumbe a nosotros mismos. *Si la VR se muestra resistente al cambio*, no lo hace simplemente por ser una institución añeja con una tradición de continuidad e inmovilidad. La verdadera razón está en cada uno de nosotros. También en los abanderados del cambio, a veces tan preocupados en su tarea que olvidan que la verdadera transformación nace en el corazón. El cambio implica siempre *metanoia*, decisión y compromiso. Por esta razón una de las conductas

⁷ Ib., “The Right to Hope”, New York 1995 (en línea), <http://www.religion-online.org/showarticle.asp?title=62> (Consulta 12/10/14)

⁸ Cf. *Ibid.*

⁹ C. DOMÍNGUEZ MORANO, *Psicodinámica de los Ejercicios ignacianos*, Sal Terrae – Mensajero, Santander 2003, 53.

¹⁰ *Ibidem.*, 152

defensivas que adoptamos es el resistirnos a cambiar, o hacer del cambio externo un ídolo, de modo que las dimensiones interiores permanezcan intocables.

De hecho, *el cambio* solo puede acontecer cuando la necesidad percibida (la que genera una voluntad de cambio) es mayor que la resistencia. Resistir no es más que insistir en permanecer donde estoy, es decir, renunciar a cambiar y crecer. La resistencia es una forma de ocultar mi debilidad, mis limitaciones, mi incapacidad para seguir el movimiento de la creación entera. La resistencia es principalmente una forma de *evitar el costo*, sea evidente o muy sutil.

En nuestra resistencia a la re-organización pesa mucho la tradición, los derechos adquiridos, el “siempre fue así” ..., pero uno de los enemigos más terribles es nada más y nada menos que ese pecado capital que se llama *pereza*¹¹. La “pereza” es un enemigo con el cual fácilmente condescendemos. Más peligroso cuanto más da la impresión de carecer de fuerza destructiva y más bien aparece simplemente como un espacio para descansar del ajetreo habitual de nuestras vidas. Y sin embargo bajo esa capa de inocencia, termina determinándonos el camino, muchas veces simplemente por animarnos a “no hacer”, a no tomar decisiones. Encarna así la resistencia al cambio, a la transformación, e impide que sea el Espíritu quien nos guíe. La pereza además tiene cierta querencia a presentarse como “ángel de luz”, revistiéndose de amor a la tradición, de fidelidad a nuestros fundadores, de obediencia, etc.

Superar la tentación de la pereza que alienta la resistencia al cambio, pasa por *dejarse penetrar por la urgencia* que nace de contemplar el momento presente como *kairós* como esa “hora” que no se puede dejar pasar – “Ahora es tiempo de gracia, ahora es tiempo de salvación” (2Cor 6,2). No disponemos de todo el tiempo del mundo. Hay momentos en la vida en los que las decisiones no pueden posponerse. Hay oportunidades que la Gracia nos ofrece que no podemos dejar pasar porque no sabemos si volverán. Lo expresó con gran fuerza san Agustín en aquel “temo al Dios que pasa y tal vez no vuelva”¹².

Hay no obstante otra *resistencia* que sí es deseable para tiempos de cambio, aquella que nos habla de capacidad de permanecer en la lucha a pesar de las dificultades, de soportar la contrariedad, de sostenerse en la dirección que marca el Espíritu aunque no se obtengan resultados inmediatos, a pesar de la incompreensión, de lo desmesurado del esfuerzo respecto a los frutos conseguidos. Es la *resistencia* que se sostiene con la fuerza de la *fe*, y que brota de la *esperanza* que la hace capaz de aguardar. La resistencia que se sobrepone una y otra vez al “*miedo al cambio*”.

5. «Miedo» al cambio

En esta cuestión estamos también afectados por una sociedad como la nuestra “*adicta a la seguridad*”. En occidente, nuestras ciudades son metrópolis del miedo, lo

¹¹ Cf. Sigo aquí a José Cristo Rey García Paredes, “Re-organización: “kairós”, pereza y 7 principios” (en línea), Septiembre 2009, <http://www.xtorey.es/?p=482#sthash.17qLrWVY.dpuf> (Consulta del 2/02/2015).

¹² *Iesum transeuntem et non redeuntem: SAN AGUSTÍN, Sermo 88, 13.*

cual no deja de ser una paradoja, dado que los núcleos urbanos se construyeron rodeados de murallas y fosos para protegerse de los peligros que venían del exterior. Lo que se llamó “la ciudad amurallada”¹³ hoy ya no es un refugio, sino la fuente esencial de los peligros. De hecho, nos hemos convertidos en ciudadanos “adictos a la seguridad pero siempre inseguros de ella”¹⁴. Lo aceptamos como si fuera lógico, o al menos inevitable, pero esta obsesión nos pone en riesgo de perder nuestra libertad y, con ella, nuestra creatividad y capacidad de riesgo.

La amenaza fundamentalista, que parecía periférica, se ha desplazado hacia el centro. Nuestra sociedad, además, ha sido capaz de inventar un nuevo tipo de riesgo: los llamados “riesgos manufacturados” (Giddens): el calentamiento global, superpoblación, contaminación, mercados inestables, las consecuencias imprevistas de la ingeniería genética, etc., todos con origen en unas creaciones que se nos escapan de las manos en sus consecuencias.

Los consagrados compartimos con el resto de nuestros conciudadanos muchos de estos temores, que los medios de comunicación y las compañías de seguros se encargan de recordarnos constantemente. No somos inmunes. Padecemos las debilidades y fragilidades de nuestros congéneres. Y no sólo como personas individuales: nuestras instituciones y grupos humanos experimentan también los efectos de este *humus de inseguridad* que nos rodea y que en muchos casos cristaliza en *miedo ante los cambios*, las transformaciones, las reformas, las novedades...

Curiosamente en esta cuestión de los miedos, el paso de los años parece no ayudar mucho. Las personas más mayores y las instituciones más añejas experimentan más miedos y resistencias que los jóvenes o las estructuras recién estrenadas, en las que la percepción de la propia vulnerabilidad es menor, y así hay más capacidad de riesgo.

En el miedo al cambio se mezclan muchos motivos:

1. *Una autoestima baja.* No se trata sólo de la falta de reconocimiento público o eclesial de la VC, sino de cómo nos miramos a nosotros mismos, de la falta profunda de convencimiento de que merece la pena esta vida por la que hemos optado, que es buena para nosotros y para el mundo, y que tenemos capacidad para resolver los problemas que puedan ir surgiendo con el cambio.
2. Asociar el cambio a situaciones externas que nos los imponen, sin permitir que en verdad ese cambio surja de un deseo, y sentirnos por ello poco preparados para emprenderlo.
3. El hábito erróneo de pensar que si fracasamos en el intento el resultado será una hecatombe, y por ello no se debe abrazar el cambio hasta estar totalmente seguros

¹³ P. SLOTERDIJK, *Esféras II*, Editorial Siruela, Madrid, 2004.

¹⁴ Z. BAUMAN, *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Barcelona, 2007.

de su resultado positivo y de su éxito. *Temer equivocarnos, fracasar...* que el cambio no nos conduzca a nada mejor.

4. *La inseguridad.* Sentir miedo ante la situación desconocida que va a generar el cambio y registrar ese miedo como amenaza real a nuestro bienestar o a nuestros objetivos. No tenerlo todo controlado, no saber exactamente qué va a pasar con nuestro futuro y con el de nuestras “cosas”... aunque esas cosas sean obras, todo lo santas que queramos... De hecho, uno de los temores que pueden asaltar más fácilmente a las personas o instituciones poco seguras de sí mismas es el temor a lo diferente, lo extraño, lo desacostumbrado. *¡Todo aquello que llega con el cambio!*

El miedo nos conduce a evitar las transformaciones profundas que tocan el centro mismo de nuestras instituciones, limitándonos a *re-estructurar*, más que a afrontar transformaciones de fondo, con el peligro de cristalizar en una situación estática, que nos va conduciendo a administrar lo que ya existe con simple instinto de supervivencia, a reconstruir o reformar las obras limitándolas a los recursos de hecho disponibles, preparando así a una supervivencia de mínimos o en el peor de los casos una “muerte digna”, más que atreviéndonos a innovar, potenciar, renovar la propia vitalidad intrínseca.

Pero no siempre el miedo es una emoción negativa y reductora de posibilidades. *El miedo* es también un *mecanismo defensivo* diseñado por la biología, que nos permite conocer, prever, y anticipar situaciones potencialmente amenazadoras; de ahí que en los seres humanos pueda contemplarse como un factor importante de saludables motivaciones y decisiones¹⁵.

Si las circunstancias actuales de la VC nos hacen tener la impresión de que estamos viviendo *sobre una falla*. El *miedo saludable* sería aquí positivo, y nos estaría retando a ser capaces de construir *viviendas antisísmicas, identidades antisísmicas* capaces de tambalearse uno o dos metros sin caer. Y no sólo eso, sino también de comunicar a otros dónde encontramos los consagrados recursos anti-sísmicos. Peligros, problemas, debilidades, sufrimientos... son realidades que forman parte de la vida, forman parte de la *pasión del vivir*, de nuestra propia condición de seres finitos y mortales, agravada por nuestra condición pecadora. Cuando se produce un cambio importante todo parece tambalearse un poco, y a veces mucho. La cuestión es aprender a vivir de tal manera, que esos pequeños terremotos que sacuden o sacudirán nuestras existencias no nos derriben.

Solo si somos capaces de vivir escapando de la esclavitud del miedo, podremos afrontar esta nuestra época incorporando los cambios necesarios. En ocasiones son cosas muy pequeñas las que nos causan temor: no ser reconocidos, que las cosas no nos salgan tan bien como pensábamos, que nos juzguen mal... pero esas cosas nos angustian, nos encierran y sacan lo peor de nosotros.

¹⁵ C. DOMÍNGUEZ MORANO, “Miedos para vivir o malvivir”: *Sal Terrae* 98 (2010) 669-681.

Pero el más dañino de todos los temores es «*el miedo a perder*». Lo sentimos, a pesar de saber bien que *solo perdiendo... podremos ser ganados* (cf. Mt 16,25). Es un miedo que debería darnos que pensar. Debería recordarnos que hay algo que no marcha del todo bien en nuestras vidas, que tal vez «entregamos todo» en su día, pero luego hemos ido recuperando demasiadas cosas. Y que son demasiadas, nos lo recuerda justamente el miedo a perderlas.

Miedo a perder la atención y el apoyo que recibimos de gente que nos ha valorado hasta este momento y que no sabemos lo que hará si cambiamos. Miedo, en el fondo, a perder la pequeña relevancia que aún nos queda, o a que ésta se torne en crítica o rechazo.

Miedo ante la posibilidad de perder el control sobre la vida de nuestras instituciones. Y es que la falta de control, aunque sea momentánea, nos causa angustia, por lo que tratamos de evitarla.

Una de las pérdidas más graves es *la social*. No es tan decisivo que no nos valoren, incluso que hayamos perdido credibilidad, que no se nos admire, ni se reconozca nuestro trabajo como una gran aportación al mundo, es decir, *la pérdida de relevancia social* que lleva consigo la ausencia de brillo y eco público. Lo esencial es esa pérdida de relevancia que tiene que ver con lo pequeño, con lo cotidiano, con ese espacio en el que justamente está llamada a desarrollarse nuestra vida. La pérdida de nuestra capacidad de ser testimonios vivos de “*vidas ordinarias habitadas*”, de rutinas transidas de sentido, del tesoro escondido en lo pequeño, en lo ordinario, en lo de cada día.

Dos peligros amenazan la VC en esta situación de miedo, y ambos se generan ante el cambio. En primer lugar, *el miedo que nos encierra*. Es el riesgo que corre la VR de terminar curvada sobre sí misma de tanto mirarse, de tanto querer protegerse, de tanto intentar salvaguardarse, buscando su salvación a toda costa. Olvidando que esa preocupación debería dejarla en manos de Quien nos envía. Cuando nos atrapa el pesimismo y la impotencia, terminamos replegándonos en nosotros mismos, no dejamos espacio a los grandes sueños, extrañándonos de un mundo al que miramos como si ya poco se pudiera hacer en él, en vez de *entrañarnos en él y en su historia*.

El miedo hace que nos experimentemos impotentes, y la impotencia genera pesimismo y éste resignación y conformismo, que agostan todo intento de esperanza de cambiar.

Terminamos confinados en nuestros grupos, nuestras Iglesias, nuestras comunidades, nuestras obras; centrados en discusiones internas y en cómo gestionar lo que traemos entre manos. Y las discusiones y gestiones no cambian la historia, no cambian el mundo.

En segundo lugar, *el miedo que hace huir y confundir el centro*. El miedo nos lleva a veces a descentrarnos tanto buscando fuera de nosotros mismos “salvación”, que ter-

minamos absorbiendo modelos de otras realidades, que al fin nos diluyen estérilmente allí donde deberíamos entregarnos hasta una muerte fecunda.

Si el miedo al cambio, por una parte, nos quita creatividad y nos lastra, el cambio a veces también provoca otro miedo, el que genera la *tentación del cambio*, o la *tentación por lo novedoso*. Se trata de una tentación semejante a la de la crisis de la mitad de la vida, pero en realidad es una nueva versión del miedo, que ahora toma forma de *miedo a resistir, a permanecer*, y crea el deseo de huir, de liberarnos del peso de la realidad, de la responsabilidad, de nuestra historia personal e institucional. Nos habla del deseo de romper con todo, de empezar de nuevo desde cero, sin adherencia, sin herencias indeseadas, sin el estorbo del pasado, acariciando la ilusión de que lo nuevo no se hará viejo.

Este miedo nos adentra de alguna manera en el ámbito de la última de nuestras 4 palabras: *fascinación*.

6. La fascinación por el cambio

Ya lo habíamos apuntado al comienzo. A pesar de las resistencias y el miedo que genera en la VC la cuestión del cambio, vivimos en la *época de la innovación*. Becas para innovación, proyectos de innovación, planes de innovación... Las empresas se pegan por encontrar a aquellos sujetos que sean capaces de añadirles un plus de ese término mágico: *innovación*.

No se trata solo de “*repensar la herencia recibida*” (Gianni Vattimo), sino de impulsar la innovación. Hay algo así como una especie de percepción que va impregnándolo todo con la convicción de que “*si no innovas, te mueres*”.

José Cristo Rey García Paredes ha desarrollado esta idea de modo muy interesante. Nos recuerda que “innovar” no consiste en hacer crecer lo que ya existe y mucho menos en repetirlo. No se innova por el mero hecho de producir más y favorecer un mayor consumo. La innovación es otra cosa. “*Innovación es la invención de lo nuevo en todos los dominios de la producción: lo nuevo en los productos, en la organización del trabajo, en la conquista de nuevos mercados, en los métodos de producción*”¹⁶, etc.

El cambio y la innovación siempre han formado parte de la experiencia humana, pero la era de la tecnología digital los ha acelerado vertiginosamente. De modo que una nueva idea o un nuevo producto pueden ser el origen de una impresionante cascada de cambios colaterales, con capacidad de movilizar a toda una sociedad. Han sido precisamente la diversidad de los efectos producidos los que han conducido a denomi-

¹⁶ J. C.R. GARCÍA PAREDES, “Innovación en la Vida Consagrada: superando el miedo”, en *Ecología del Espíritu* (3 sept 2014), <http://www.xtorey.es/?p=3026> (Consulta del 2/02/2015). Lo sigo básicamente en toda esta parte.

nar “*innovación rupturista*”¹⁷ o “*innovación destructiva*”¹⁸ a aquella en la que la novedad introducida en el mercado es tal que vuelve obsoletas e inútiles las ideas y productos antiguos¹⁹. De ahí que para unos resulte entusiasmante y para otros, angustiosa. Miedos y fascinación conviven alrededor de la innovación como lo hacen con el cambio.

Aun así, la innovación se ha convertido en una fuente inextinguible de posibilidades, de creatividad, de estímulo del ingenio..., pues no es posible innovar sin crear, sin inventar algo previamente. Por su parte, hablamos de *invento* allí donde se encuentra algo que hasta ese momento había permanecido oculto, lo que supone indirectamente poseer la convicción de que la realidad esconde secretos y sorpresas que aún no han visto la luz. Este es uno de los aspectos mágicos de nuestro mundo, así como uno de los más atractivos de la innovación. Lo contrario sería esconderse de toda posible novedad en la resignación, la pereza, la falta de creatividad, la costumbre, que nos convertiría en ciegos a las posibilidades y riquezas de nuestro mundo.

Todo esto va marcando las transformaciones del ámbito en el que se desarrolla nuestra misión como consagrados. La VR ha ido introduciendo, más o menos rápidamente, tecnología e innovación pedagógica en sus tareas apostólicas. Ahora bien, también hay que reconocer un claro déficit de innovación “*ad intra*” en nuestras instituciones, sobre todo en lo que atañe a la vida comunitaria y a nuestro modo de organizarnos. La «*investigación*», a este respecto, ni está bien vista ni encuentra muchos incentivos en nuestro medio. Y cuando hay algún «inventor» o «inventora» entre nosotros, enseguida es sofocado. Otras veces lo que ocurre es que el poseedor de *una gran visión de lo que hay que hacer*, no siempre sabe aceptar el que no todos la compartan, ni es capaz de darse cuenta de que es preciso un tiempo y un proceso... para que una idea nueva sea acogida y se convierta en una *visión compartida*.

Dicho esto, también hay que reconocer que en algunos casos lo que nos ocurre es que quedamos excesivamente deslumbrados por las virtudes de la innovación. Es fácil ser absorbido por esa marea que arrastra a nuestras sociedades con su *movimiento de la innovación por la innovación*, sin una meta clara, y sin poder predecir hacia dónde nos lleva y qué tipo de mundo estamos construyendo con ella. Hay entre nosotros quienes dan la impresión de creer que todos nuestros interrogantes, incertidumbres, problemas, búsquedas o dificultades no tienen más que introducirse en el proceso de *innovación* para quedar «salvos», encontrando en ella *la solución a todos los problemas que acucian hoy la VC*.

La *innovación*, además, parece que siempre tiene un enemigo en la *fidelización*. No hay nada más que ver lo que ocurre con las compañías de telefonía móvil. Mientras cada una lucha por *fidelizar a su clientela*, el resto hace lo imposible por premiar *la mi-*

¹⁷ C. CHRISTENSEN, *The innovator's dilemma*, Harvard Business School, Boston 1997.

¹⁸ L. FERRY, *L'innovation destructrice*, Editions Plon, Paris 2014.

¹⁹ Los ordenadores personales dejaron fuera de juego las máquinas de escribir; las tablets y los móviles están ya desplazando a los ordenadores personales y un largo etc.

gración, el cambio, el abandono de lo que se tenía. Y así se ha ido creando una cultura del *cambio compulsivo* en busca de beneficios o simplemente por tener la seguridad de que se posee la última prestación en el mercado.

En nuestros ámbitos esto toma forma de encuentro o desencuentro entre *innovación y tradición*. Sin duda tenemos una herencia carismática que nos da una identidad como grupo; y además, como Iglesia, nos sentimos depositarios de una gran y rica tradición, que hemos de transmitir con fidelidad. De ahí que no sea extraño que se cree una tensión de fuerzas entre *innovadores y conservadores*. A todo ello hay que añadirle la experiencia de los cambios del post-Concilio y la sensación de que hay algo esencial que se nos ha ido escapando de las manos en el fulgor del cambio, en la atención al *aggiornamento* de ¡tantas cosas! Un clamor por poner la atención y las fuerzas en el centro, en lo esencial, y ser capaces de *flexibilizar y relativizar los modos de actuación y de salida desde este centro*, hacia la misión que es la que debería focalizar nuestra existencia como VC, en tanto que constituida por comunidades en misión y para la misión. Cuando nos aferramos demasiado —no a la tradición— sino a la *formas de la tradición* nos volvemos irrelevantes, por ininteligibles, y por ello incapaces de transformar la cultura y de mostrar al Dios de Jesucristo como un Dios de vida²⁰. Además llamamos *tradición* muy habitualmente a lo que no es tradición, sino «formas específicas en las que habitualmente hemos vivido la tradición». Lo que ha sido nuestro habitual *modo de proceder*, no es inmediatamente *tradición* —en el sentido teológico y eclesiológico, en el que deberíamos utilizarlo, claro está.

Ahora bien, hay una innovación que es urgente y a la que nos ha invitado el papa Francisco repetidamente: *la que atañe a la misión y nos lanza a ser una VR en salida*. Una salida que tiene una dirección preferencial: las periferias geográficas, culturales y espirituales. Y un motivo claro: anunciar el Evangelio a los pobres y a los que no son de nuestra confesión cristiana, o de nuestra religión. Esta innovación, claro, *causa miedo y conmoción* porque nos saca de nuestras zonas de confort, de los espacios en los que nos sentíamos seguros, en los que conocíamos las respuestas; nos saca hasta de nuestras preguntas y nuestros interrogantes excesivamente centrados en nosotros mismos y nuestra situación: nuestros números y nuestras fuerzas, nuestras obras y nuestros edificios, etc. Y tal vez a esta *invitación a salir* deberíamos añadir la de *dejar entrar*. No sólo salir al encuentro de estas realidades sino permitir que ellas se introduzcan en *nuestros espacios*: brindar hospitalidad, dejarnos visitar por ellas, porque esa “visita” seguro que nos cambia también, no sólo hacia fuera, en nuestra acción apostólica, sino en nuestra vida interna.

En conclusión, *de esta fascinación por el cambio* deberíamos conservar el ardor, la ilusión, el empuje de la creatividad, la búsqueda de lo que no es obvio, el descubrimiento de esa salvación de la que está preñada la tierra y que clama por que alguien la saque a la luz. Y abrazar una actitud: *el tesón del verdadero investigador*, para no rendirnos nunca y ser capaces de seguir siempre explorando nuevos caminos...

²⁰ Cf. M. FROST – ALAN HIRSH, *The shaping of things to come: Innovation and Mission for the 21th Century Church*, Hendrickson Publications, Peabody 2003, 158.

7. ¿Qué hacer?

Sentido, resistencia, miedo, fascinación ante el cambio. Si, algo de todo esto sentimos, experimentamos, poseemos, deseamos, o quisiéramos evitar, Pero la pregunta que verdaderamente nos acucia es entonces *¿qué hacer? ¿Cómo situarnos ante el cambio para que, precisamente, el cambio no se convierta en una encerrona limitadora sino en posibilidad para la VR? ¿Cómo reavivar el ardor, la pasión siempre insatisfecha por poner a Cristo en el corazón del mundo... y por reconducir el mundo al corazón de Dios, de tal modo que estemos “dispuestos a todo” para que así sea?*

Sentimos la *necesidad urgente de renovarnos*, aunque los motivos no son siempre coincidentes. Para algunos tiene que ver con el mismo organismo del que formamos parte, para otros con la desconexión entre el organismo y el contexto donde debiera actuar. Pero en unos y otros la pregunta es *¿qué hacer y por dónde debiéramos comenzar?*, *¿qué es lo que debería de permanecer y de qué debiéramos despojarnos?* Y sin embargo, la cuestión fundamental no es otra que la de encontrar *el principio regenerador, el núcleo vital* que da sentido al organismo y en torno al cual, una vez puesto en el centro, todo se reestructura. Este principio es *la misión*.

7.1. La misión como principio regenerador

En situaciones extremas como la nuestra no basta enumerar con lucidez las dificultades o peligros; hay que mostrar sobre todo las grandes metas a las que debemos aspirar y las fuentes en las que podemos abreviar nuestras potencias regeneradoras²¹.

Cuando no existe un *principio regenerador*, el cambio, la reestructuración, la re-organización... pueden resultar caóticos, perder su sentido, hacer imposible la persistencia, e introducirnos en un dinamismo sin camino que lleva a ninguna parte. El principio regenerador es aquel que nos hizo nacer: es decir, *la misión carismática*²². La Misión que viene de Dios y nos hace existir, no para perpetuarnos, sino para dar vida abundante y hacer presente el Amor de Dios en nuestra historia.

La consagración es para la misión, es decir, para colaborar con Cristo y en Cristo en la *missio Dei* (en el proyecto de Dios para con el mundo). Consagrados, lo somos verdaderamente, no al pronunciar unos votos, sino al poner a disposición de Dios toda nuestra existencia, sin reserva alguna, de modo que pueda él introducirnos en *comunidad de vida, misión y destino* con Cristo y, por ello, en comunión con todos aquellos que participan en la *missio Dei*, es decir, en comunión con la *Iglesia ad Abel*.

En la reciente Exhortación *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco recoge un precioso texto de *Aparecida*, que nos brinda una definición difícilmente superable de lo

²¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Coraje*, tercera de ABC (6/02/2014).

²² Cf. J. C.R. GARCÍA PAREDES, “Re-Organización”: “kairós”, pereza y 7 principios”, en *o.c.*

que es la misión: “*La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión*”²³. De ahí que la alegría, la esperanza, la vitalidad de la VC sea algo que no depende de su éxito, de sus números, de su reconocimiento..., sino justamente de su misión. Por esto sólo la actitud de entrega será capaz de cambiar nuestra visión y nuestra problemática. Porque entonces nuestra preocupación central dejará de ser «*la conservación*», y comenzará a ser «*la misión*».

Posiblemente tengamos mucho que discernir, mucho que cambiar, estructuras que renovar, formas que inculturar, y sueños que construir, etc. Pero si hacemos de estas cosas nuestro fin nos condenaremos a la esterilidad y al fracaso de nuestra *razón de ser*. Por el contrario, todo irá tomando su valor propio, encontrando su justo lugar y peso, cuando en el centro, en la esencia de nuestras vidas personales y comunitarias, esté claramente la misión.

Sólo saliendo de nosotros mismos, “de nuestro propio amor, querer e interés”²⁴ y desviviéndonos por ella, recuperaremos la vitalidad, la identidad y la razón de nuestra existencia. Como *la vida se acrecienta* es dándola, mientras que “se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que *dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás*”²⁵.

7.2. *Buscar sin rendirse*

Si el principio regenerador ha de ser la misión, tampoco podemos obviar el hecho, de que aplicarlo exigirá de nosotros una actitud activa y desprendida. Una actitud que se ajuste a nuestro momento histórico, al contexto en el que se desarrolla hoy en día nuestra VC.

En tiempos de incertidumbre e inseguridad, de cambios que no podemos controlar..., en *tiempos bisagra* es útil *hacer memoria*. Volver la mirada al pasado para aprender de la historia, evocar los tiempos de gracia que nos sostuvieron, nos confirman en la confianza y nos hacen retornar al centro. Pero también es preciso *interrogarnos*. No en una búsqueda estéril de culpables o culpabilidades, sino tratando de poner nombre y verdad a lo que vivimos, detectando obstáculos que es posible vadear, veredas que tal vez han quedado ocultas en el camino. Sin dar nada por seguro, poniendo todo de nuevo en las manos de quien todo ha salido. Interrogarnos pero sobre todo *interrogarle*. Interrogarnos para ponernos en actitud de escucha y de búsqueda, en definitiva de *discernimiento*.

No hay respuestas hechas y cerradas. No hay recetas mágicas que en un soplo nos vayan a decir qué cambios hemos de hacer y exactamente qué camino tomar para

²³ V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 360.

²⁴ EE [189].

²⁵ *Documento de Aparecida*, a.c., 360.

ello. Lo más importante, a mi modo de ver, es aprender es a *vivir en las preguntas y a resistir la incomodidad de no encontrar fácilmente repuestas*. No tratar de buscar salidas rápidas en las que al fin poder descansar e instalarnos, sino *aprender a vivir en la intemperie de quien no sabe, no está seguro y no tiene todas las soluciones para los problemas*. Dispuestos *más a recibir que a producir soluciones*; más a aguardar señales y a leer indicios, que a dogmatizar caminos.

Precisamos una VC menos obsesionada con encontrar y más entregada al buscar, menos preocupada en hallar certezas donde instalarse, puntos fijos en los que apoyarse. Una VC con menos inquietud por los metros cuadrados y con más disposición a peregrinar sin conocer los caminos, a apostar por metas volantes que se convierten en lanzaderas hacia otros horizontes. Dispuesta a equivocarse en los senderos elegidos, a tener que realizar travesías campo a través, a dar la vuelta, a corregir la dirección y el sentido. Una VC capaz de recuperar la firme convicción de que “seguimos siendo lo que somos, a pesar de que ya no tengamos aquella fuerza que antaño removía cielo y tierra”²⁶. Porque lo que somos no depende de los años, las fuerzas o el reconocimiento público, sino del temple de un corazón apasionado por Cristo y su misión, que conserva la firme voluntad *de buscar... y de no rendirse, y la firme voluntad de amar hasta dar la vida*.

8. El cambio como posibilidad

¿Dónde podemos contemplar entonces el cambio como posibilidad? Si somos sinceros, hemos de reconocer que los cambios –no sólo se han dado– sino que se están dando de hecho entre nosotros. Una gran parte, prácticamente se nos han impuesto. Quizás nos hubiera gustado mucho más mirar hacia atrás y descubrirnos ataviados como exploradores, buscadores incansables, espeólogos de las profundidades del Misterio en nuestra tierra, descubridores de nuevos mundos para la VC. Hubiera sido sin duda más romántico. Pero en realidad lo que ha ocurrido es que nos hemos revelado bastante resistentes a la poda, a ser redimensionados, en número y en estructuras. Hemos tratado de resistir sin “grandes cambios”...– a veces casi ni pequeños–, hasta el “último momento”. No obstante el cambio ha ido haciéndose camino entre nosotros, sorteando resistencias, miedos, y fascinaciones suicidas.

Y no hace falta hacer un gran esfuerzo para descubrir que ha sido bueno. Bueno, como *cura de humildad* y bueno, sobre todo porque, aún impuesto, *el cambio acogido con sentido siempre se torna posibilidad*. La transformación que estamos viviendo como instituciones, nos coloca no sólo en *un tiempo bisagra*, sino también en *un tiempo de poda*. Una poda profunda que ha comenzado por las ramas más externas pero que tiende a extenderse más adentro, que poco a poco va tratando de reducirnos hacia lo esencial y nos posibilita crecer hacia abajo, hacia las raíces.

Quizás sea una pena el que no hayamos sabido abrazar el cambio con anterioridad, y disponernos más positivamente a él. Pero tenemos a nuestro favor, que a pesar

²⁶ De la película *James Bond. Skyfall* (2012).

de que la poda y la transformación ya operada se nos hayan impuesto, no por eso deja de tener efectos fecundos en nosotros y de ser un tiempo que anuncia una primavera, y con ella una *nueva vida*. Sin duda ya estamos experimentando muchos de los efectos enriquecedores de esta situación, y seríamos más capaces de reconocerlo así, si dejáramos de resistirnos y de tratar de girar la bisagra hacia atrás anhelando “otros tiempos”.

Nada va a quitarnos el dolor por el envejecimiento y la disminución, y tendremos que estar dispuestos a abrazar los límites que traen consigo pero, es de justicia reconocer también *la apuesta continuada que nuestra vida apostólica* ha tenido que hacer en los últimos años para *crecer en creatividad* para adecuarse a las siempre nuevas y velozmente cambiantes exigencias bien sea de las leyes educativas, de las sanitarias, de las casas de espiritualidad y residencias..., e incluso de las normativas que atañen a los edificios. Y junto a la creatividad hemos tenido que *crecer en profesionalidad* lo que nos ha empujado hacia *una formación más exigente y adecuada*.

La puesta en cuestión de *nuestra identidad* nos ha lanzado aún más profundamente hacia nuestras fuentes fundacionales tratando de discernir lo esencial de lo cambiante y de actualizar nuestros textos fundacionales y la reformulación de nuestros carismas. Ha posibilitado así un movimiento de *profundización en lo específico y un mayor auto-conocimiento*. En una sociedad en la que el valor de la oportunidad y de la movilidad parece oscurecer el de la fidelidad y la pertenencia, hemos dado pasos en el fortalecimiento de una identidad y pertenencia más claras. Hay un sentido de “orgullo” de pertenecer a la institución que conlleva otros elementos, como la confianza, la motivación, el reconocimiento que, junto con el sentido de pertenencia, favorecen en las personas la disponibilidad a poner en juego todos sus recursos para compartir las opciones y los proyectos.

Por otra parte, nunca hasta ahora, se había dado *un movimiento de proximidad tan estrecho entre congregaciones*, ni han existido redes tan profundas y variadas entre quienes comparten una misma espiritualidad, o apuestan por sacar adelante obras entre varias instituciones (llegando incluso a la reunificación de ramas separadas en otros momentos históricos o a fusiones entre congregaciones afines). Los muros que separaban las distintas congregaciones van cayendo y fluye mucho más la proximidad y la cordialidad. *Nos apoyamos y nos consultamos más. Nos pedimos consejo*. A pesar de compartir los “clientes” potenciales de nuestros centros de enseñanza, casas de Ejercicios, e incluso los sujetos vocacionales, la corriente empática entre nosotros es mucho mayor que hace unas décadas. Aprendemos de quienes van tomando la iniciativa en algunos cambios, nos reforzamos en nuestros logros y a veces simplemente contamos con los hombros de compañeros y compañeras en los que llorar nuestras impotencias. Nuestros formandos/as han salido de su ghettos formativos y se encuentran con otros y otras con los que afrontan el proceso de maduración. Trabajamos más y mejor en red y con otros. El cambio se ha convertido en una clara posibilidad de hacer de nosotros mucho más una *“comunidad de comunidades”*.

También, hacia dentro, en las propias instituciones los cambios han obligado a la creación de *espacios de diálogo, de escucha, de confrontación*, no solamente para compartir los valores e ideales, sino también para proyectar y verificar el camino personal y comu-

nitario, la acción educativa y pastoral, de manera que sea posible re-centrar el propio ser y el propio actuar en torno al núcleo y al sentido profundo de la propia vocación-misión.

Hemos tenido que *bajar de los pedestales del reconocimiento*. No somos héroes, ni los mejores en casi nada, ni tan siquiera podemos presumir de ejemplaridad moral. Exhibimos una pobreza que ya no podemos ocultar por más que nos esforcemos, pero esto justamente también nos ha hecho más humanos, más humildes, más consciente de nuestra vulnerabilidad y nos ha dado *una posibilidad* que tal vez no hubiéramos sido capaces de buscar por nosotros mismos: la de *compartir existencialmente muchas pobreza y estar así vitalmente más cerca de los vulnerables*.

Esta situación nos ha despojado de muchos adornos y formas adquiridas. Nos va enseñando que la eficacia del Reino tiene unos parámetros diversos a los que impone nuestro mundo. Y nos invita –aunque aún nos resistamos– a vivir expuestos al fracaso que padecen tantas víctimas, para estar con ellos y como ellos. No hay otra forma, pues esta ha sido la de Cristo. No tardaremos en mirar hacia atrás reconociendo *con gozo profundo en el corazón*, como los de Emaús, aquel “¿no era necesario...?”.(Lc 24, 26).

En definitiva, no es tan importante que hayamos sido nosotros mismos o no, los que hemos llevado el timón siendo artífices del cambio. Lo esencial estará en nuestra capacidad de acogerlo, apropiarnos de él, hacerlo nuestro y agradecerlo como don. Para ello es preciso aprender a mirar más allá de las apariencias y a *dejarnos hacer* – también por las circunstancias que se nos imponen– desde aquella clave que es la que de verdad debería hacer significativa nuestra vida: *la capacidad de entrega*. No hay más que mirar hacia el Señor. También nosotros podemos y debemos consentir y abrazar, reafirmando: “*nadie me quita la vida yo la doy libremente*” (Jn 10,18).

Los contratiempos de esta nuestra historia reciente nos invitan a vivir este momento no como un tiempo de agonía sino como el tiempo embrionario que prepara un renacimiento. Ahora bien, esto también tiene sus exigencias: implica ser capaces de *una rendición total* y al mismo tiempo de un absoluto y generoso compromiso con la vida naciente: *dejar ser, dejar nacer, dejar crecer*.

Nuestra generación decidirá cómo será la próxima. Si no activamos el cuidado extremo, amoroso, gratuito y generoso de los brotes de vida que comienzan a asomar aquí y allá, despojándonos de nuestras expectativas y sueños particulares (también a nivel congregacional) terminaremos abortándola. Lo que se nos pide es *resistencia y fascinación, tenacidad y celo ardiente*, ser contemporáneamente *jóvenes y ancianos*, capaces de esperar lo imposible y simultáneamente de estar dispuestos a empezar siempre de nuevo “por los otros”.

9. Posibilitadores de cambio

Si afrontar el cambio puede tornarse en una gran posibilidad para la VR, nos preguntamos ahora si existe algún dinamismo que pueda funcionar como “posibilita-

dor” de cambio en nuestra situación actual. ¿Qué podría ayudarnos a afrontarlo con sentido, a vencer los miedos y las resistencias, a abrazarlo con una serena fascinación, sin perder de vista cuál es el principio que debe regir toda transformación?

Los estudiosos de los sistemas hablan de la necesidad de identificar *posibilitadores de cambio* analizando los elementos que tanto desde dentro como desde fuera del sistema pueden incidir, impulsar y/o gestionar el esfuerzo del cambio.

A pesar de lo atrayente de la cuestión, no nos será preciso ir en busca de métodos sofisticados, de elementos foráneos o criterios extraños. Pues los verdaderos posibilitadores del cambio para la VR no pueden ser otros que aquellos que renuevan y sostienen la vida cristiana. Bastará entonces con activar *la fe, la esperanza y el amor*.

Discutimos demasiado sobre nuestras instituciones, sobre sus estructuras y sobre los instrumentos más adecuados para la renovación de la VR. Pero la única respuesta definitiva al miedo, al pesimismo, a la irrelevancia y a la impotencia... tiene un nombre propio: *se llama fe*. Esa fe que nos posibilita abrazarnos a lo desconocido y atrevernos a derramar allí la vida y el corazón, esa fe que mueve montañas. Sólo en la *fe* podemos desasirnos de lo conocido como “barandilla de agarre para caminar sin vértigo por el espacio de la libertad”; solo en *la esperanza de la fe* nos será concedido, como a Pedro (Mt 14,29), aventurarnos fuera de la barca y salir a la oceánica infinitud del Espíritu de Dios. De pronto, no hay fórmulas fijas, en lo desconocido de cada etapa de la historia sólo el Espíritu que siempre es Creador, y que es *amor*, nos puede guiar²⁷.

Pero sólo soñando futuros *con otros* y *para otros* seremos capaces de afrontar los cambios que exigirá el camino para alcanzarlos. De ahí que podamos hablar con propiedad de *la esperanza* como posibilitadora de cambio. Sin olvidar que esperar *con otros* es también ser capaces de asumir que los que vienen detrás precisan formular de un modo diverso sus esperanzas, trazar otros caminos para alcanzarlas, pronunciarlas con otra gramática y gestionarlas con otros cambios. Y disponernos internamente para ello con la mejor actitud para el cambio: *la libertad interior*, esto es, santidad amasada de Misterio Pascual y pasión cotidiana por *Amor*.

Lo que caracteriza *la existencia del consagrado* es una forma de vida que consiste en el don de sí. Se trata de poner en juego vida, para dar vida y esto sólo se hace a costa de la propia vida. Vivir cuesta vida, pero el único modo de que el otro viva pasa por mi disposición a darle de mi vida. Nuestra apuesta por el cambio pasa necesariamente por soltar. Soltar seguridades pretéritas, soltar certezas, pero también “soltar cuidados”. Sobre todo cuando esos cuidados se dirigen a nosotros mismos. La *pervivencia a cualquier precio*, nunca ha sido un signo del cristiano. Más bien todo lo contrario. La preocupación de Jesús nunca fue cómo hacer para conservar su vida, sino cómo darla, cómo hacer para que alcance a otros, aun cuando para ello hubiera de perderla. En otras palabras, nuestra inquietud fundamental no puede ser *cómo nos conservamos vivos* como

²⁷ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 2001,94.

consagrados, como Institutos, congregaciones, etc, sino “¿cómo perder la vida... para dar la vida?”, ¿cómo entregar el resto en lo que tenemos que entregarlo? Y la entrega de la vida es una cuestión de *Amor*.

Por lo tanto, la actitud más propia y específica que nos permitirá afrontar el cambio siendo lo que somos, es sin duda: *la actitud martirial*. Esta disposición debería caracterizar nuestra existencia como consagrados. No por buscar la muerte, y tampoco por desearla... sino por ser el lógico posicionamiento de quien *ya ha entregado su vida “por delante”*. Y cuando la vida *ya está entregada*, entonces ya no hay posibilidad de que te la quiten. Cuando la vida *ya está entregada* desaparece el miedo a perder, el miedo a la irrelevancia, el miedo a desaparecer, el miedo a morir, el miedo a cambiar y sus resistencias.

Una disposición que no es un llamamiento al victimismo, sino todo lo contrario. Nos invita a *despojarnos de ese complejo de inferioridad* que nos hace apocados, sumisos y complacientes. Porque seguimos a un “transgresor” y esa debería ser nuestra marca. Jesús de Nazaret vivió constantemente transgrediendo “fronteras”: las que marcaban la separación entre lo divino y lo humano, entre los enfermos y los sanos, entre los judíos y los samaritanos, entre los varones y las mujeres, entre los cumplidores y los pecadores, entre los ricos y los pobres, entre los puros y los impuros... Es el seguimiento de Jesús el que nos recuerda que lo nuestro no puede ser confraternizar con cualquier cosa a cualquier precio, que deberíamos ser más proféticos y no tan sumisos “a lo que hay”. Somos invitados a ser levadura en la masa. Por lo tanto no se tratará de distinguirnos, pero tampoco de comportarnos como mera harina. No podemos ser luz a escondidas (Lc 11,33), no podemos salvar fronteras sin franquearlas, no podemos dar vida sin dar la vida y abrazar el riesgo de hacerlo.

Esta disposición somos llamados a vivirla fundamentalmente en el *martirio de la vida cotidiana*, como testigos del amor, porque sólo desde el amor gratuito e incondicional es posible sostener el testimonio con las pequeñas muertes de cada día, con esas pérdidas pequeñas, que carecen de brillo estelar, que no generan espontáneamente ni la admiración ni el reconocimiento, que más bien parecen dejarnos arrinconados en el espacio de los poco hábiles, poco brillantes, poco listos.

Este martirio se ajusta exactamente en sus medidas a las dimensiones de lo cotidiano, paso a paso, gota a gota, día a día. Todo lo que hay que recomenzar regularmente cada mañana, lo que hay que continuamente asumir, a pesar mío, rumiar, discernir, afrontar. Las pequeñas renunciaciones de cada día, cada acto de abnegación que supone el reconocer al otro y ceder de lo mío para que sea y pase por delante de mí, para permitir que cambie lo que no quiero y que lo que quiero, no cambie. Apoyar sin embargo esa modificación que propuso otro y que tal vez resulte eficaz, y volver a proponer calladamente, sin acritud, manteniendo la esperanza y celebrando con gozo sincero cada paso. Una santidad sin ruidos, pero no negligente sino “de entrega”. *Entrega desmedida, entrega oculta, entrega martirial*. Un martirio sin publicidad, del que nunca se habla, pues es en la paciencia de lo cotidiano donde se va derramando toda la sangre. Pero son ellos,

los mártires de lo cotidiano, los que actuando ese amor en el que arraigan su existencia, se hacen imitadores de Cristo en lo pequeño, y resultan ser los mejores agentes posibilitadores de cambio, porque son también *mártires del cambio cotidiano*.

10. Ser santos o ¿Quién puede cambiar la VR?

¿Quién puede, por tanto, cambiar a la VC?

Algo hemos ido viendo a lo largo de este recorrido. En un sentido propio es *el Espíritu* quien transforma, renueva y regenera nuestras vidas y nuestras instituciones. Pero también *la vida*, las circunstancias históricas y culturales, las crisis, los problemas de diversas índoles son capaces de movilizar, de desestabilizar, y de provocar o *inducir cambios*. Tal vez no muy deseados, tal vez temidos o rechazados, pero que en muchas ocasiones terminan revelándose como portadores de vida para nosotros y para el mundo.

Pero quisiera terminar llamando la atención sobre un tercer “quien” referido a los sujetos posibilitadores de cambio en la VC: *los santos*.

Posiblemente la VR tampoco precise grandes auditorías de calidad que le ayuden a encontrar vías para el cambio, ni especialistas que analicen nuestra situación, apliquen sus fórmulas y saquen sus conclusiones. Esto no supone que no hay que hacer nada o que la única salida a nuestra situación es encomendarnos a la providencia divina –aunque no estaría de más hacerlo. Lo que me gustaría subrayar es que *la reforma de la vida consagrada pasa fundamentalmente por nuestra conversión personal*; que posibilitar cambios en ella pasa por algo tan grande y al mismo tiempo tan cotidiano como *creer, esperar y amar*, pero no de cualquier forma, sino con *la radicalidad propia de la misión* que Dios ha puesto en nuestras manos. Lo que precisamos es santidad. Es ahora, pero así ha sido siempre. Todo tiempo histórico de crisis, de dificultad, de confusión eclesial..., ha sido generador de figuras de santidad que en su pequeñez objetiva se han tornado impulsores de las más grandes reformas en la Iglesia.

La santidad es llamada y misión. Y en la misión que cada uno recibe está esencialmente enraizada *la forma de santidad* que le ha sido dada y que a él se le pide y ha de poner en juego.

Somos portadores de una misión que no hemos elegido, sino para la que hemos sido llamados y convocados con otros. Si la misión ha de ser el principio regenerador del cambio en la VC. Serán los santos, es decir aquellos que entregan cada día y hasta el fondo su vida a ella, con la radicalidad de quien no se reserva nada, los que lograrán regenerarla desde la raíz, dejando pasar a través de sus vidas la gracia de Aquel que hace nuevas todas las cosas.

“*Seamos santos*” y nadie hará más por la vida religiosa ni será capaz de abrir más posibilidades al cambio.